

Sección Bibliográfica

Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social: *Boletín de Investigaciones*. Crónica de los estudios recientes y actuales del Instituto. Núm. 1, junio de 1968, Palais des Nations, 1211, Ginebra 10, Suiza, pp. 96.

El *Boletín de Investigaciones* que hoy comienza a publicar el Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social abarca varios temas íntimamente conectados; el de las interrelaciones entre el "desarrollo" (al que nosotros llamaríamos simplemente "avance") económico y el "desarrollo social" (concepto que nosotros sustituiríamos por nuestra noción más compleja de "progreso"); el de los métodos (que tienden a integrar un sistema metodológico) de la planeación social; el de la importancia del desarrollo regional y el de las repercusiones que debe tener el cambio social en el plano local y las que previamente tienen las actitudes locales para la aceptación o rechazo del cambio y de los cambios.

Por lo que se refiere al "desarrollo" (denominación que enmascara el más auténtico problema del "progreso" concebido como suma vectorial de "desarrollo y evolución") es estimulante comprobar que, en el nivel internacional, ya se ha comenzado a desestimar o a revalorar la idea que reducía el desarrollo al adelanto económico y que acababa por tomar como indicador fundamental de éste (cuando no lo reducía a la condición de indicador único) el ingreso nacional o sus

variantes. En efecto, conforme asientan los responsables de esta primera parte del *Boletín*:

El índice de desarrollo habitualmente utilizado, o sea el ingreso nacional por habitante, no ofrece una manera satisfactoria de medir su estructura y distribución, y no cubre los aspectos sociales del desarrollo.

Con el fin de elaborar un índice menos empírico y más idóneo, el Instituto ha establecido un banco para depositar en él muchos datos susceptibles de elaboración electrónica. En la constitución de éste se han considerado —en el punto de partida— cien indicadores que se han referido, en concreto, a ciento quince países. A fin de constituir este banco, se eligieron, para cada sector, los indicadores más importantes, se les dio una expresión tentativa, se les sujetó a comparaciones internacionales, y los datos correspondientes se almacenaron en tarjetas.

Después de haber eliminado las autocorrelaciones entre indicadores aparentemente distintos, se hizo una matriz de correlación. Ésta permitió llegar a ciertas conclusiones, como la que señala que entre los indicadores sociales y los económicos la correlación es mayor que la que existe entre los indicadores de un mismo componente, y que los más correlacionados no se concentran en un campo determinado sino que se encuentran distribuidos entre los distintos sectores. Esto parece reflejar, así, una cierta unidad en el desarrollo.

En cambio, se ha podido notar que entre las correlaciones propias de los países desarrollados y las que se obtienen en el caso de los que están en vías de desarrollo, hay diferencias notables. Esto hace que los investigadores crean poder concluir que “el desarrollo parece cambiar de carácter a medida que avanza”.

Desde el ángulo de la metodología estadístico-social también conviene recoger su observación de que, en aquellos casos en los que ya hay desarrollo, “las relaciones entre indicadores dejan de ser simples y lineales”. O sea, que por una parte, hay necesidad de establecer correlaciones curvilíneas y por otra, que es inaplazable el que se introduzcan en estos estudios las correlaciones múltiples y parciales. Por otro lado, esa observación apoya ciertas concepciones de Grosnahan (que subrayaremos más adelante) puestas en función de la metodología de la planificación.

A base de esa matriz de correlación en la que intervienen componentes e indicadores rigurosamente seleccionados, se está tratando de obtener un índice único que los combine; para ello habrá que valerle de auxilios como el proporcionado por los esquemas de puntos de correspondencia que unen a varios de los 24 indicadores que hasta ahora se han aceptado como legítimos.

La segunda de las secciones del *Boletín* ya no apunta en el sentido teórico, de conocimiento, sino en uno práctico, de acción. Se trata de una serie de exploraciones que buscan determinar la idoneidad de varios métodos para la planeación social. Ellas parten de distintos puntos y parecen dirigirse por diferentes rumbos, pero, aunque sus líneas de acción parezcan divergentes, todas tratan de lograr la misma finalidad, ya que:

Hay que intentar que todo el desarrollo planificado tenga un carácter social, orientándolo a manera de que acarree un mejoramiento máximo de las condiciones de vida de las gentes.

Las discusiones surgen muy particularmente en cuanto se trata de incluir esos objetivos sociales en las funciones de productividad. Y aunque los resultados obtenidos hasta hoy ni sean satisfactorios para todos ni lo sean en plenitud para los

mismos que los aplaudimos, ya la misma formulación que hay que hacer cuando se conjunta lo desnudamente económico con lo social, resulta estimulante. En efecto, ya no se trata de lograr “el máximo crecimiento económico” o “el crecimiento económico más rápido”, con sacrificio de cualquier otra consideración, sino de obtener “el crecimiento económico más rápido que es socialmente admisible”.

Lo anterior representa un doble rechazo; por una parte, queda descalificada la opción capitalista que, en el centro económico-político, elige un crecimiento materialista deshumanizador y que, en la periferia, estimula el consumo depauperante que sacrifica a las generaciones futuras en aras de la generación presente (“después de mí el diluvio”, “hipotequemos el futuro del país si ello es lo que se requiere para aparentar bonanza”); por otro lado, queda descalificada la opción socialista que, en la contrapartida, impone el sacrificio de la generación presente en aras de las generaciones venideras (al través de un racionamiento que debilita a la población así le permita fabricar fabulosas máquinas-herramientas que quizás —con mucha suerte— hagan de sus descendientes los seres felices que ella no pudo ser).

Los investigadores del Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo consideran que para buscar el crecimiento económico más rápido que sea socialmente admisible, el plan debe buscar una mejor distribución del consumo y una mejor retribución del mismo, así como el mejoramiento de uno y otra al través del tiempo.

La metodología introduce, así, la consideración de que hay ciertos mínimos (de alimentación, de habitación) que deben cubrirse en forma ineludible, y los cuales deben de elevarse con el transcurso del tiempo, sujetándose también a un ritmo de cambio tan rápido y conveniente como sea posible. Formulaciones como estas nos recuerdan las del sociólogo y político rumano Roman Moldovan sobre la metodología de la planificación, publicadas en la *Revista Rumana de Sociología* y comentadas por nosotros en esta misma *Revista Mexicana de Sociología*.

En el marco de estas mismas pesquisas metodológicas, se ha llegado a establecer —particularmente bajo la inspiración de

McGrosnahan— que, en cuanto no hay un factor único que sea determinante de las transformaciones que se produzcan en todos los demás sectores, resulta abusivo tomar al producto nacional bruto —por ejemplo— como índice de desarrollo, y fijar como meta única o principal un incremento dado del mismo, o bien fijar, alternativamente, ciertas metas en materia de “salud” o de “educación”, etcétera, y considerar como medios para alcanzar esos objetivos ciertos niveles de “crecimiento económico” pues lo único que puede hacerse legítimamente es “determinar cuánta salud, educación, etcétera, corresponden a qué cantidad de producción económica en los sistemas de crecimiento”, lo cual equivale a afirmar que lo que se necesita es marcar conjuntamente, los objetivos económicos y sociales a los que se ha de tender.

Las consideraciones de Grosnahan tienden a revolucionar una serie de concepciones rancias en el campo de las ciencias sociales: en efecto, arrojan por la borda un concepto de causación lineal que es menos controvertible en las ciencias de la naturaleza y lo sustituyen por una idea de causación social en la que los diferentes elementos son causa y efecto unos de otros; en los que cada elemento se modifica en un sentido que es convergente con el de los demás, gracias a la acción conjunta del sistema que contribuyen a formar. Pero, aun esto resulta insuficiente, ya que se necesita una concepción que no sea estática sino dinámica pues es ésta la única que puede revelar la forma en que, en ciertas ocasiones, unos elementos actúan como causas para, en el momento siguiente, convertirse en efecto de su propio efecto (o de otros distintos) de acuerdo con una dialéctica delicada. Ésta, quizás, podrá descubrirse mediante una contemplación que sea, por una parte, diferencial (en sentido matemático, o sea, que ha de considerar pequeñísimos periodos de tiempo) y por otra integral (pues ha de determinar hacia qué punto tiende la suma de todos los pequeñísimos cambios correspondientes).

Otro de los enfoques que se han comenzado a explorar con vistas a la constitución de la metodología es el que se refiere a la adopción de decisiones en los diversos sectores por desarrollar, y a la valoración

de las relaciones entre el costo y la eficiencia. En éste, como en otros aspectos, podría resultar de utilidad no sólo la inserción de las finalidades sociales sino también la determinación de la forma en que repercuten en la mayor o menor eficiencia de los proyectos correspondientes, las actitudes de la población (consideradas como variables independientes dentro de la función de productividad). O sea, que una vez más habría que considerar la complementariedad de la disciplina sociológica y de la psicológica.

Una exploración más es la que han hecho Drownowski y Subramanian, para obtener una función empírica de producción. En ella, el producto por unidad de mano de obra se pone en función de la intensidad del capital, de la cantidad de capital por unidad de mano de obra, de la capacidad productiva del capital, de la calidad de la mano de obra. En esa función, las variables aparecen ponderadas mediante la aplicación de varios exponentes que los investigadores han derivado empíricamente de un estudio de 38 países. No hay que decir que en una planeación sujeta a una metodología sistemática, se necesitará no una función como la de Drownowski y Subramanian sino un haz de ecuaciones y que es probable que las formas de ponderación no se reduzcan a la exponenciación sino que dependan del uso de coeficientes, del empleo de operadores, etcétera. Pero, de todos modos, los dos investigadores del Instituto han abierto una brecha importante y han brindado útil enseñanza a los jóvenes que deseen recorrer estas rutas de la metodología.

Las investigaciones del desarrollo regional han correspondido, dentro del Instituto, a un centro creado en 1967; en él se explora “el desarrollo regional como parte del nacional, con especial atención a sus enfoques sociológicos”. A nosotros nos ha parecido siempre que la expresión “desarrollo regional” es ambigua. En efecto, hay países cuyo territorio extenso y variado impone que se les considere formados por varias “regiones” y el término, en esta acepción, es de amplio uso en materia socio-económica. Pero, cuando se pasa al plano internacional (jurídico-político principalmente) el término “región” adquiere una acepción distinta puesto que existen o pueden existir características

comunes a varios países que constituyen por ello, una "región", una supra-región.

Hablar de desarrollo regional es factible sea que la "regionalidad" implique una u otra cosa, pero, como es lógico, los problemas que se plantean a un desarrollo regional intranacional no son los mismos que se le plantean a un desarrollo regional internacional y —en un nivel intermedio erizado de dificultades— los del desarrollo de una región que queda encabalgada entre dos o más Estados.

El *Boletín* no se plantea esta problemática designativa y aunque de su lectura se desprenda que los estudios se han referido a las regiones de dentro de un Estado, la lista de comisiones encargadas de esos estudios para diferentes partes del mundo hace pensar que la otra concepción ha gravitado también en su pensamiento ya que se trata de los problemas de desarrollo regional de Asia sudoriental y sudoccidental, de África, de América del Sur, de América del Norte, de la Unión Soviética, de Europa oriental y de Europa occidental.

Si se ha de someter a creciente rigidez un estudio como éste, se necesita decir por qué se han constituido las comisiones en esa forma; si responden sólo a un criterio práctico o a una concepción teórica y por qué no se han constituido con otros criterios, puesto que no parece que "América del Sur" constituya una supra-región frente a "América del Norte" mientras que esto parece más próximo de la verdad cuando se trata de una "América Anglosajona" frente a una "América Latina" o de una "América industrializada" frente a una "en vías de industrializarse".

Fuera de lo que podría o debería haber hecho ese centro, lo que ha hecho es lo siguiente: ha examinado las experiencias y perspectivas de desarrollo regional y se ha encontrado con que falta información para planificarlo, y ha considerado también que los sistemas de contabilidad nacional (particularmente social) son malos en la mayoría de los casos. Por ello ha expresado la esperanza de que los bancos de datos (usados prudentemente, reconociendo los límites que les son propios) pueden contribuir a cubrir muchas lagunas informativas que impiden una planeación seria.

Por otra parte, se considera que es de enorme importancia el que se jerarquicen los centros de crecimiento, y es por ello por lo que se ha establecido una distinción entre el "polo" que es el gran centro asociado a los sectores dirigentes de la economía, el "centro de crecimiento" que ubica industrias nuevas y en expansión, y los "centros de servicios" que son, propiamente, mercados que ofrecen bienes y servicios a las zonas rurales circundantes.

Esa jerarquización debe hacerse a fin de que se corrija el desequilibrio estructural de ciudades y poblados y se aceleren ciertos procesos naturales de crecimiento de equilibrios infraestructurales adecuados y el ajuste de los mismos al crecimiento normal.

Los casos concretos en que se basan estos estudios son los de Francia y Bulgaria. En Francia, están a cargo de la Comisaría General del Plan y parten de las experiencias obtenidas al emplear a los centros regionales como instrumentos políticos destinados a influir en el desarrollo regional, integrar la agricultura, la industria y los servicios en la región, y redistribuir la población. En Bulgaria se ha tratado de evitar que las actividades económicas y la población se concentren en unas pocas grandes ciudades, para lo cual se ha habilitado a un cierto número de aldeas como "centros de servicios".

En último término, deben examinarse las investigaciones referentes a la interconexión del cambio social y la innovación en nivel local, en el que interviene el latinoamericano Orlando Fals Borda. Conforme se asienta en el *Boletín*:

Los planes de desarrollo mejor concebidos tienen escaso valor, por bien que hayan podido expresarse en modelos y fórmulas, si la población participa poco o nada en el proceso de desarrollo planificado.

Es por esto por lo que se están estudiando las reacciones que los campesinos de Chile dan como respuesta a la introducción de agua potable, crédito agrícola y salud materno-infantil; las que los de Ghana dan al uso de fertilizantes y regadío; las que suscitan en los de Turquía los fertilizantes y el crédito recién introducidos.

Se ha observado —ahí— que hay poca resistencia popular al cambio; que el éxito de éste depende de la participación de la población (más que del conocimiento detallado que ésta tenga de sus fines más lejanos); que la educación parece tener más influencia indirecta que directa (pues los más educados son los que, de modo preferente, entran en contacto con los promotores); que no es de enorme importancia la edad para la participación en el proyecto, y que hay ciertos proyectos que influyen indiscriminadamente sobre aquéllos a quienes alcanzan directamente y aquéllos a los que no llegan, de modo que su principal eficacia parece depender de la información que brindan sobre la disponibilidad que hay de nuevo medios y sobre sus resultados más que de su imposición coactiva.

En particular se está estudiando el papel que pueden tener las instituciones rurales tradicionales como agentes de cambio planificado, sea que se trate de cooperativas, juntas comunales, consejos de ancianos, clubes juveniles, círculos femeninos, sociedades agrícolas, sindicatos, uniones de campesinos o bien ciertos sistemas de ayuda mutua como “el mutirao”, “el brazo prestado”, “el dokwe”, “el combite”. En forma parecida se está haciendo un estudio de la organización de los beneficiarios de la redistribución de tierras en Chile, Italia, Japón, México, Taiwán, y la República Árabe Unida, y se ha realizado una encuesta con los expertos en la organización y administración de empresas y en la formación profesional.

Un proyecto de particular interés es el que investiga la situación y participación de la infancia en las comunidades en desarrollo, pues se han observado las dificultades que tienen los adultos para adaptarse a los métodos modernos de producción y organización y se está tratando de determinar cuál es la formación y la experiencia que deben tener los niños para la modernización económica y tecnológica.

Al examinar la bibliografía respectiva, los investigadores se han encontrado con que los conocimientos que se tienen sobre el proceso de socialización referido a estos aspectos son puramente marginales y que los estudios que ya se han hecho sobre la

preparación del niño para su participación en la tecnología moderna generalmente guardan poca relación directa con la encuesta del Instituto. Por eso se decidió que a mediados de 1968 se reuniera un grupo de expertos para comentar el examen que hubieran hecho de la literatura existente y para que discutieran las propuestas relativas a los problemas de preparación del niño para el mundo moderno.

Es indudable que el interés de los temas de este *Boletín* es inmensamente superior al que cabría esperar de sus dimensiones y de su presentación, digna pero modesta. Son los suyos resultados de detalle, pero resultados valiosos. Ojalá y los próximos números sigan informando de progresos tan satisfactorios como éstos pues la continuidad de ese esfuerzo puede representar para la disciplina un avance más firme, más serio que el que creen consolidar muchos tratados, voluminosos, rígidos y estériles.

Oscar Uribe Villegas

Horowitz, Irving Louis. *Professing Sociology: Studies in the Life Cycle of Social Sciences* (Aldine Publishing Co., Chicago, 1968), 366 pp.

Los distintos capítulos que comprende esta obra de Horowitz, divididos en tres grandes apartados: “La vida interna de la sociología”, “La vida académica de la Sociología” y “La vida política de la Sociología”, fueron elaborados en “diferentes ocasiones y para diferentes propósitos” respondiendo tanto al “hacer” externo como a las necesidades científicas internas de su autor.

Éste expresa que la distribución de los capítulos no obedece ciertamente a una división “categorial” del trabajo, “sino a la evolución histórica en mi pensamiento con respecto a la naturaleza de la Sociología”.

Horowitz reflexiona sobre las grandes preocupaciones de la sociología contemporánea y da su opinión con respecto al funcionalismo, a la teoría del consenso, a la teoría del conflicto, a los problemas de la objetividad y relatividad en sociología y, finalmente, a la sociología del conocimiento (*wissenssoziologie*). El intento de Horowitz —“repetir la empresa Baconiana